

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. En las oficinas de este periódico, plaza de la Villa, núm. 407.
Y en las librerías de TIESO, calle de Carretas, núm. 7, frente al buzón del Correo;
En la de MONIER, Carrera de San Jerónimo;
En la de CUESTA, calle Mayor;
Y en la librería extranjera de BAILLY-BAILLIÈRE, calle del Príncipe, núm. 11.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID, al mes. Rs. vn. 12;
En provincias, franco de porte. 20;
En el extranjero y Ultramar. 24;
Idem por trimestres. 70.

Se reciben ANUNCIOS Y COMUNICADOS a precios convencionales.
Las reclamaciones se dirigirán a la administración francesa de porte.

LA NACION,

PERIODICO PROGRESISTA CONSTITUCIONAL.

Madrid 8 de mayo.

Quando el sábado por la mañana nos ocupábamos en el espíritu de la prensa periódica, no podíamos prestar entero crédito a lo que por espacio de muchos días se había estado diciendo sobre la inmediata presentación a las Cortes de un proyecto de ley, autorizando al gobierno para alterar el ARANCEL DE ADUANAS que se halla en vigor. Al ver que iban sucediéndose las sesiones del Congreso sin que llegase a verificarse lo que repetidamente se había anunciado, debimos creer que el señor ministro de Hacienda, o no habría concebido tal idea, o la habría abandonado en vista de los gravísimos inconvenientes de mas de un género que se oponen a la realización de semejante pensamiento.

Pero las noticias que se divulgaron en el curso del día, y que comunicamos brevemente a nuestros lectores, disminuyeron, ya que no dispáron del todo nuestra incredulidad. Según se dijo, el proyecto estaba pronto, puesto en tiempo, firmado por el ministro responsable, obtenida la vena de S. M. para su presentación, no faltaba mas que leerlo. Pero la circunstancia de otros individuos del gabinete habría detenido la impetuosidad de su autor, y sujetado la obra a mas maduro examen. En puntos tan delicados solo de esta manera pueden evitarse desastrosos irremediables despeses.

¿Sobre qué versa esta autorización intentada? ¿Es autorización general, omnimoda, sin bases, sin limitaciones; o es una autorización parcial, concreta, determinada, extensiva a categorías especiales de artículos, y sujeta a tipos conocidos de clases, de valores y de derechos? Nada de esto sabemos, nada de esto sabe el país, y el país tiene derecho a saberlo, no en el momento mismo en que va a darse este gran golpe de reforma, sino con anticipación, con muchísima anticipación. La contestura del proyecto, repetimos, nos es absolutamente desconocida; ignoramos si es bueno o malo, aunque nos inclinamos a lo segundo. No basta decir que el sistema actual tiene gravísimos defectos: no basta decir que estos defectos se deben enmendar: es preciso ver y probar si lo que se sustituye es menos imperfecto, si es digno de un gobierno ilustrado, si se compensan con beneficios los daños generales y se indemnizan los particulares que traen consigo las innovaciones de esta clase, si ha llegado el momento de la oportunidad de que depende el bien o el mal de toda resolución ya económica, ya política.

Todo esto se necesita, todo esto exige el bien del país, la equidad, la justicia. Admitido el principio de que ha de haber un arancel para las aduanas, todos convienen en que esta es la obra mas difícil de un estadista, la obra magna no solo del talento, sino de la experiencia, del estudio, de una universalidad de conocimientos compuesta de infinitas especialidades. Para lograr una garantía de acierto hasta el punto posible, no hay mas que un medio, la publicidad. En la publicidad está la discusión, la audiencia de las opiniones, la conciliación de los intereses, el esclarecimiento de las verdades, la refutación de las preocupaciones y errores no solo en los principios sino en los hechos. Del examen de los hechos mas que de la enunciaci6n de los principios absolutos depende la acertada solución de los innumerables, de los complicadísimos problemas que esta cuestion encierra. Bien decía nuestro colega *La Patria*, al levantar su justo grito de alarma. «Consideréndonos la multitud de puntos que se cruzan en esta materia; y advertimos que un yerro económico o político que en ella pueda cometerse, ha de costar muchos millones, muchas lágrimas a la nación.»

De estos millones, de estas lágrimas ha querido hacerse responsable un ministro, responsable único, sin participaci6n de nadie, ni de sus compañeros siquiera. Es mucho valor, pero un valor fatal. Sin llamar a su auxilio a la inteligencia de los hombres eminentes y prácticos, sin consultar la opinión, donde se halla la suma y conjunto de las inteligencias, ha querido arrojar solo y de su propia cuenta a una empresa ardua, superior a sus fuerzas y a las del estrecho círculo que le rodea, confiando en la docilidad que ha encontrado, y en la idea de omnisciencia que esta docilidad le ha hecho formar de si propio.

Así, y solo así se explica el misterio con que se ha conducido el asunto que reclama precisamente mayor publicidad. Todos están ansiosos por saber el secreto de esta gran combinaci6n que tan recelosamente se recata. No parece sino que se trata de una operaci6n militar, cuyo éxito depende del silencio. En efecto, según todas las apariencias se trataba de una sorpresa. Esto es lo que vemos, esto lo que procuraremos evitar. Los preparativos no son nuevos, vienen de algo atrás. Cuando en 22 de febrero último el señor ministro de Hacienda presentó a las Cortes el proyecto de presupuestos, señaló como producto de la renta de aduanas una cantidad mayor de la que había rendido últimamente: atribuyó la baja a causas, ciertas sin duda, pero que ya en gran parte han felizmente desaparecido, y dijo que «para mejorar esta renta, para hacerla rendir un producto mayor del que jamás tuvo en España, se presentarían a las

Cortes las reformas que en algunos artículos de los aranceles y la ley de aduanas, cumpliendo con lo que esta misma previene, se han creído convenientes y necesarias.»

A semejante anuncio era consiguiente, indispensable, la presentaci6n inmediata de estas reformas: no podían menos de estar ya acordadas en la mente del ministro que con tal seguridad hablaba, supuesto que sus efectos estaban calculados por reales y maravillosos en el aumento de la partida correspondiente a este ramo en la lista de los ingresos. Sin embargo, van pasados setenta y cinco días desde entonces, y contábamos setenta y dos, cuando el proyecto de autorizaci6n para variar los aranceles estuvo algunos momentos en la cartera del ministro para presentarlo a la aceptaci6n del Congreso. Y cuándo? Cuando ya la comisi6n de presupuestos había pasado por encima de la partida relativa a productos de aduanas, cuando esta comisi6n había leído su dictamen, cuando esta comisi6n estaba ya comprometida, cuando por medio de otro proyecto se pedía que el Congreso aceptase plenamente y sin examen el compromiso de la comisi6n. Cuando esta discutía la partida relativa a aduanas, debió tener a la vista la reforma proyectada, supuesto que en ella se fundaba el calculado aumento: no se hizo así; su voto es nulo, como nulo es todo lo que se delibera sin conocimiento de causa. Así lo dice el derecho, así lo dicta la raz6n, condenando todo empeño contraído ciegamente, y absolviendo de él al que lo contrajo de buena fé. La comisi6n solo pudo aprobar la partida, en el concepto de que aquel aumento fuese resultado de disposiciones administrativas comprendidas dentro del círculo de las facultades del gobierno, y realmente cuánto no hay que hacer para contener el fraude, para hacer eficaz la persecuci6n del contrabando, para procurar que las aduanas produzcan una cantidad muy superior a sus actuales rendimientos! Pero aprobar una partida bajo la dudosa hipótesis de que el Congreso, el Senado, la Corona después, decreten y sancionen una ley futura, difícil, trascendente, cuando hasta se ignora su tenor, cuando hasta sus bases se ocultan, ¿puede considerarse como aprobaci6n legítima y validera? No: la moral lo repugna: no es así como los hombres se obligan.

Desde ahora prevemos el sofístico argumento que usará el ministro, si llega el caso de presentarse a pedir la autorizaci6n para arreglar los aranceles. Lo mismo que si lo oyésemos decir: ¿Cómo puede negarme lo que exijo? ¿Acaso no me lo habéis concedido ya? ¿No estais dispuestos a confirmar lo que hizo vuestra comisi6n? Pues bien: esta comisi6n, al admitir la partida que señalé como producto de la renta de aduanas, admitió implícitamente la reforma que había de dar aquel aumento. La comisi6n no conocía sus bases y mucho menos sus pormenores; pero de hecho reconoció que no necesitaba saber ni los pormenores ni las bases, y me dió la autorizaci6n que ahora pido para llenar la fórmula. No os detengáis, pues, en darne vuestro voto, pues de no dármele pura y simplemente caeríais en la inconsecuencia.

Tales son los trámites por donde se ha querido conducir este negocio: tales los compromisos que se han creado para encerrar al Congreso en un punto sin salida. Primero el misterio, después la sorpresa. Se ha querido compendiar el arancel en un solo rengl6n del presupuesto; se ha sujetado una cuestion entera, inmensa, de prosperidad pública, a una parte de otra cuestion, grande sin duda, pero mucho menor en comparaci6n con la primera. ¿Qué trastorno de ideas, qué confusi6n de cuestiones! La cuestion de presupuestos se subordina a la política; la cuestion de riqueza, de producci6n, de trabajo, se subordina a la cuestion de presupuestos.

Lo esperamos todavía: la representaci6n del país no lo consentirá, porque con un ejemplo tan patente conocerá el punto hasta donde le lleva este sistema de condescendencia. El gobierno mismo retrocederá en este punto de la senda fatal en que sobrado imprudentemente ha venido a empeñarse. Y cuidado que todavía no sabemos en qué consiste el pensamiento del gobierno en orden a aranceles: no podemos decir si es bueno o es malo; pero malo será cuando tanto se oculta. Si en lugar de dislocar las fortunas, de alarmar los intereses creados, combinase felizmente la protecci6n de las industrias existentes en la naci6n con el acrecentamiento de los ingresos del erario: ya el gobierno se hubiera anticipado a recoger los aplausos y a buscar en el país la popularidad que no tiene y que necesita.

Poco estímulo presenta ya a los escritores la cuestion de presupuestos, desde que se ha pedido que se aprueben sin discusi6n. Pero la hemos emprendido y es necesario proseguir, sin dejarla de la mano hasta el último extremo, hasta que muera definitivamente nuestra desmayada esperanza. Tal vez ahora mismo la comisi6n nombrada el sábado está dando cuenta de su fácil trabajo reducido a consignar un sí, o un no. Nos hicimos cargo en general del voto particular de la minoría progresista: es deber nuestro decir algo del que firmó el señor Polo, que anduvo todavía mas allá en las reducciones.

Aunque el señor Polo no profese nuestras

opiniones políticas, no podemos menos de reconocer la valentía y acierto con que ha satisfecho en su voto particular los unánimes deseos del país respecto a la rebaja en los impuestos y gastos públicos. El señor Polo cree como nosotros ser inconveniente y altamente injusto el aumentar la ya tan gravosa contribuci6n de inmuebles, el no reformar la de consumos, y el no cumplir el ofrecido reintegro a los prestamistas de los cien millones. Así propone en su voto particular, que en este año se les reintegren 71 millones de reales, en lugar de los 25 que les señala el gobierno; pide que no se aumente en 50 millones la contribuci6n de inmuebles; y presenta en la de consumos una reforma, que disminuyendo en gran parte los derechos que actualmente pagan los vinos, saque de la miseria a muchos propietarios y labradores, y salve de la ruina mas completa uno de los importantes ramos de nuestra agricultura.

Estas justas medidas dejaban naturalmente un considerable vacío en los ingresos del tesoro, y para remediarlo nivelando con ellos los gastos públicos, se ha entregado el señor Polo a un trabajo que prueba bien su laboriosidad y su inteligencia en materias de Hacienda, y como fruto de él nos presenta reducciones en muchas partidas del presupuesto de gastos, que en total ascienden a 105 millones de reales.

Nosotros no hemos podido todavía examinar a fondo las razones particulares en que se funda cada una de las reformas propuestas, porque siendo tantas y tan distintas, no era posible que se descendiera a darlas en el preámbulo del voto; y como era natural, se dejaba el decir las y esplanarlas para la discusi6n de los presupuestos, que por lo visto no llegará. Pero persuadidos como estamos de que se pueden y deben hacer grandes rebajas en los gastos públicos, y conociendo la inteligencia del señor Polo en materias financieras, estamos seguros de que resuelto a hacer economías, habrá encontrado en nuestro escueto presupuesto de gastos donde hacerlas en la cantidad que se propone, con acierto, conveniencia y justicia. Así que nos inclinamos a ellas desde luego, y reclamamos el derecho inconcuso que tienen a ser oídas por lo menos, como aprobamos también algunas importantísimas medidas con que acompaña la ley de presupuestos, y de las que otro día tal vez nos ocupemos.

Hoy nos reduciremos a hacer algunas preguntas. ¿Cree el gobierno que es deseo unánime de los pueblos el que se rebajen los impuestos y gastos públicos? ¿Sí o no? Si no lo cree, ¿cómo es tan ciego que no ve lo que ven todos? ¿Cómo tan sordo que no oye el general clamor? ¿Cómo tan fanático, que no conoce ser en esta parte unánime la opini6n en todos los partidos, en el país todo? Y si lo cree, ¿cómo a pesar de ello sigue creando empleos, aumentando gastos, agravando impuestos? ¿Pienso el gobierno que puede luchar con los unánimes deseos del país, y sostenerse? ¿Que puede chocar de frente con la universal opini6n de los pueblos sin sucumbir en el choque?

Engañase si tal piensa. A ser la opini6n que reclama reformas en los gastos y reformas en los impuestos, la opini6n de solo un partido, el gobierno podía tal vez contenerla, sujetarla. Pero es la opini6n de todos los partidos, la opini6n de todo el país, y siendo la de todo el país tarde o temprano ella tiene que vencer y el gobierno que ser vencido. Si hasta en los países mas atrasados, hasta en los gobiernos mas absolutos, cuando es nacional una opini6n concluye por triunfar, ¿qué sucederá en el nuestro ya amaestrado por la experiencia, y donde aunque por desgracia no respetadas, existen instituciones liberales?

Abra, pues, el gobierno los ojos; vea que no es solo la oposici6n progresista la que pide reformas en los presupuestos; vea que las pide también por conducto de uno de sus mas distinguidos individuos, y con energía, y en un voto particular solemnemente la oposici6n moderada independiente; vea que en las Cortes y fuera de las Cortes, en las poblaciones grandes y en las pequeñas, en todas las provincias, en todos los pueblos, progresistas, moderados, montemolinistas, indiferentes, todos, todos reclaman grandes rebajas en los gastos y en los gravámenes; y ante opini6n tan unánime, tan nacional, tan justa, no continúe aumentando los gastos, no insista en agravar los impuestos, no se empeñe en despreciar las exigencias de los pueblos, no prosiga mas adelante en la senda de pernici6n por la cual camina.

El *Standard*, periódico de Londres, cuyas opiniones son conocidas, en su número del 30 de abril dice lo siguiente:

«Se ha presentado al parlamento una circular dirigida por el lord Palmerston a los agentes diplomáticos, que trata de reclamaciones de deudas de los Estados extranjeros, en favor de súbditos británicos. El derecho de reclamar deudas del modo que lo hace el noble lord es indisputable; pero ignoramos que este derecho se haya puesto en duda por nadie, y de consiguiente nos perdemos en conjeturas acerca de la raz6n que haya motivado la circular pasada precisamente en estos momentos. Preciso es afirmar que todas las mociones de lord Palmerston son alarmantes para nosotros, como creemos que en la actualidad lo sean también para el país; y como el documento que nos ocupa tiene todas las apariencias de un preludio para excitar motivos de contienda con alguna naci6n deudora, debemos calcular que no podrá menos de poner en alarma los ánimos así de los ingleses como de los extranjeros. España debe a Inglaterra setenta millones de libras esterlinas (336 millones de duros próximamente) y es menester no olvidar

que la posici6n del lord Palmerston con el gobierno español, es personalmente hostil. ¿Se hace esta amenaza al gobierno español, o es un pretexto para tomar parte contra el rey de Dinamarca que también es nuestro deudor? Podemos estar seguros de que no se intenta un ataque contra los repudiadores americanos, ni contra la nueva República francesa, aunque, como sabe Mr. Rothschild, la Francia también debe algunos picos a casas inglesas ya que no sea a individuos ingleses. Repetimos que nos perdemos en conjeturas acerca del sentido de la circular del lord Palmerston, y nos inclinamos a creer tenga por objeto provocar algun desatino, o dejaría de ser obra del lord Palmerston.»

Estas son las expresiones del periódico que copiamos. No nos son conocidos los términos de la circular a que se refiere, y lamentáramos que en ella tuviese parte el resentimiento del gobierno inglés contra el nuestro por los sucesos del año pasado. La cuestion es de justicia y no de pasi6n: en ella se hallan interesados no solamente los capitales extranjeros, sino también los españoles, pues todos los acreedores del Estado sufren iguales perjuicios, y en el caso de cualquier arreglo de la deuda pública, todos habrían de participar de iguales ventajas. Desgraciadamente la marcha del gobierno en este punto está muy lejos de poder tranquilizar a unos ni a otros. ¿Qué ha hecho el partido moderado en el espacio de casi seis años que se halla en el poder para acallar tan justas reclamaciones y conducir a los perjudicados a un avenimiento honoroso, capaz de poner fuera de toda duda nuestra buena fé y conciliar con el estado de la naci6n el cumplimiento de las obligaciones pasadas? Acordámonos de la situaci6n del país a principios de 1844. Entonces la naci6n acababa de salir de una guerra desastrosa que agotó todos los recursos. En cinco años de desgracias no había pagado los intereses de su deuda, que habían ido acumulándose, y reclamaban su satisfacci6n. Entonces dirigía los negocios el partido progresista, y a pesar de los apuros del momento, a pesar de las profundas heridas de que la patria iba lentamente convaleciendo, transigió estos enormes atrasos por medio de una capitalizaci6n, y señaló pingües recursos para amortizar en un término razonable los nuevos títulos que emitía. Cuando el partido contrario entró a reemplazar, todo cambió. Se aumentó la masa de la nueva deuda en favor esclusivo de otra clase de acreedores a quienes se dió tres capitales; se quitó el orden de amortizaci6n establecido, haciendo caducar la hipoteca que les estaba consignada; tuvo el país un momento de aparente prosperidad que fué el pretexto de exigirle nuevos sacrificios, y estos sacrificios no se han aligerado después que vino la época de la decadencia, sino que cada día se imponen otros nuevos, porque las necesidades facticias que se crean obligan a gastar mas. Las garantías han desaparecido, y no se han sustituido con otras; se han proclamado principios de amortizaci6n civil y eclesiástica, que han alejado las esperanzas de los acreedores; y en lugar de reducir los gastos al minimum posible, como debe hacer todo dador delicado cuando quiere inspirar confianza y atraerse miramientos, se ha desplegado un lujo de administraci6n doblemente fatal, por lo que cuesta y por lo que embaraza. Mientras se siga este camino, las exigencias serán mas imperiosas de parte de los extranjeros, y mayor el desaliento de los nacionales. Esplique el gobierno su pensamiento, si es que lo tiene, sobre el arreglo de la deuda interior y exterior, y con su conducta económica y protectora de la producci6n, demuestre prácticamente que funda sus recursos en la prosperidad general, la puntualidad de los pagos en el orden administrativo, y las esperanzas de su solvencia en la reducci6n de los gastos corrientes.

Entre los documentos parlamentarios, insertamos hoy con la exposici6n que le precede, el proyecto de ley sobre el camino de hierro de Aranjuez, leído en la sesi6n del sábado. El mismo día dimos ya acerca de él nuestra opini6n, aunque muy brevemente. El gobierno ha cumplido un deber no solo económico sino también de decoro nacional.

Vergonzoso era que la capital de las Españas a mediados del año 1849 no hubiera entrado en la prospera senda que corren ya hace muchos años otras naciones menos importantes, que no hubiera obedecido al impulso que han recibido ya sus posesiones ultramarinas, y una provincia que funda su riqueza en los adelantos del ingenio y la actividad humana. Tarde se ha dado este paso; pero dese de una vez, y si la especulaci6n particular no se encuentra con los suficientes elementos para concluir lo que emprendió mas animosa que afortunada, reciba del gobierno aquel auxilio que necesita para hacer este bien al país. Si las empresas que se esfuerzan para llevar a cabo objetos de tanta utilidad se dejan abandonadas a su desgracia, en vano esperamos que otras se animen, en vano queremos impedir que el escarmiento sea un nuevo obstáculo añadido a los que ya existen para retraer los capitales y apagar el espíritu promovido.

El ferrocarril de Madrid a Aranjuez no es idea nueva y temerariamente combinada en un momento de entusiasmo. Ya hace 20 años, en 1829 el marqués de Pontejeos, que tan gratas memorias ha dejado de su patriótica actividad y de su amor a las mejoras, concibió la idea y preparó desde luego su realizaci6n. Hicieronse reconocimientos y estudios bajo la direcci6n del ingeniero don Antonio Arriete; pero las dificultades de reunir los fondos necesarios, hubieron de frustrar el útil propósito de su primer autor.

Después de 16 años un capitalista arrojado prohibió la empresa, se puso al frente de ella, y fundó para llevarla a cabo una sociedad anónima, que por efecto de la crisis mercantil corrió la suerte que casi todas las demás, no por desventaja en la operaci6n, sino por falta de medios en los accionistas. Entre tanto, a cuenta de los 45 millones en que estaba presupuesta la obra se habían invertido 32, y por circunstancias sabidas, el gobierno había venido a ser poseedor de 25 millones de acciones, que se pierden sin remedio si el camino no se concluye. Dolorosa, terrible sería esta pérdida; Pero mas doloroso sería que Madrid quedara privado de un camino que va a ser el principio de su prosperidad, de su regeneraci6n material. El gobierno lo ha comprendido, y ha acudido a salvar a la vez sus intereses, los de la capital, los del patrimonio de S. M. en aquel rico heredamiento, los de las provincias mas importantes por sus producciones y por su comercio.

El gobierno ha indicado, aunque muy inciden-

talmente, las miras ulteriores que recomiendan su proyecto: no mira este ferrocarril en la corta estensi6n de su línea de pocas leguas: se ha penetrado de la trascendencia de este primer paso en mas larga carrera. Si no se dá desde luego, será toda esperanza de que se construyan algun día las líneas de Alicante a Valencia. Empezámonos el viaje hasta la primera jornada; luego veremos hacia dónde debemos proseguir, si para llegar al Mediterráneo debemos preferir el puerto mas importante, mas seguro, mas económico entre cuantos conocen los navegantes, si la importancia naval de la abandonada Cartagena ha de restablecerse, si la milagrosa producci6n de Murcia y de Lorca se ha de poner al alcance del gran movimiento que animará tantos cultivos, que creará tantas industrias.

Estaremos impacientes hasta el día en que veamos puesto a discusi6n tan interesante proyecto: para entonces nos reservamos exponer con mayor detenimiento nuestras ideas. Desempalagáremos un poco de tanta política, de tanta cuestion no política que sin embargo se presenta siempre con este color. Aquí por lo menos ha podido prescindir el gobierno de toda predilecci6n odiosa y repulsiva, de toda segunda intenci6n, en que bajo el velo del bien público se ocultan los mezquinos intereses de un partido.

Agradable sorpresa habrá causado a muchos interesados el ver retirado por el señor ministro de Hacienda el revolucionario proyecto de ley que sobre cesantías y jubilaciones había presentado como parte integrante de la de presupuestos. Revolucionarios los llamamos; porque este es el nombre que se dá a las disposiciones violentas que destruyen sin reparar, perjudican sin indemnizar, y prescinden de intereses creados, y de derechos adquiridos. Mucho habrá sufrido su amor propio, y le agradecemos el sacrificio que de él acaba de hacer en obsequio de la justicia, de la humanidad y de sus amigos que ya le abandonaban en este punto. Conocidos son los votos particulares que se presentaron el día anterior, firmados por diputados, amigos políticos, mas que amigos políticos, coadyutores del ministro autor del proyecto.

No hubiera podido sostener este proyecto la discusi6n de aquellos votos particulares: el gobierno hubiera sido batido, no solo por sus enemigos sino por sus sostenedores: el ministro ha cedido y el ministro ha hecho bien, porque le convenia ceder. ¿Así supiera ceder siempre que conviene al bien público!

Fisonomía del Congreso.

Leída el acta de la sesi6n anterior, el señor Moyano dirigió una interpelaci6n al gobierno con el objeto de que este le diese explicaciones, después de pasados tres años, tocante al empréstito de 200 millones de reales que habían de emplearse en la construcci6n de caminos, siendo notorio a todo el mundo que los contratistas no habían entregado las cantidades estipuladas. El señor ministro de Comercio contestó emplazando la cuestion.

Puesto a discusi6n el dictamen sobre pesos y medidas, obtuvo la palabra en contra el señor Olivan, que pronunció un discurso muy nutrido de datos y de ideas útiles, sosteniendo la aplicaci6n en España del sistema métrico francés, que imprimiera mayor regularidad a las proporciones comerciales de una provincia con otra, y en el distrito de una misma provincia, de un pueblo con otro. Contestóle el señor Vazquez Queipo, menos favorecido de la atenci6n del Congreso que su antagonista, sosteniendo una opini6n que es menos decisiva en el asunto, pues se reduce a verificar una transacci6n entre el mal estado actual de nuestros pesos y medidas, y un espíritu de reforma tan limitado y circunscrito, que casi todo pretende abandonarlo al tiempo y a la acci6n meramente especulativa del estudio. En honor de la verdad debemos decir que estos dos oradores se mostraron muy especiales en la materia que trataban, y que singularmente el primero fué saludado a la conclusi6n de su discurso con un rumor general de muy justa aprobaci6n al mérito de sus observaciones. En prueba de esta verdad, remitimos a nuestros lectores a la sesi6n de este día.

Leyóronse después una enmienda de los señores Martín, García (don Mauricio), Laborda, Messia, Sardi, San Miguel y Rivero, para que la contribuci6n de inmuebles sea de 200 millones; un dictamen concediendo una pensi6n de 5,000 reales a doña Antonia Oarrichena, hermana huérfana de don Francisco, capitán de artillería muerto en la acci6n de Yosa; una enmienda del señor Miota y otro, al proyecto de autorizaci6n para que se concedan 360,000 reales a la empresa de la *Publicidad* que publica los códigos; y otra del señor Lopez Grado para que los fondos municipales y provinciales no estén afectos al pago de sueldos de empleados de real nombramiento.

También se dió lectura de varios documentos que por el interés que ofrecen se insertan íntegros en otro lugar.

Fisonomía del Senado.

Desde el año 1838 trae entre manos el partido moderado el proyecto de ley de beneficencia que empezó a discutir ayer el Senado. Tres veces lo ha presentado a la deliberaci6n de las Cortes, y otras tantas lo ha retirado, convencido de que no presentaba una cosa aceptable, y de que le sería modificado en la discusi6n. Por fin el señor conde de San Luis tuvo mas valor que sus antecesores y lo ha llevado a la palestra. El Congreso lo rechazó bastante y le hizo algunos retoques que sin duda no gustarían al ministro, pero que los toleró, en gracia, sin duda, de que la comisi6n que redactó el dictamen era toda de amigos y correligionarios. La del Senado no ha estado tan complaciente con S. E.: y el dictamen que ayer se discutía no se parece en nada al proyecto presentado por el gobierno. Los senadores acordándose, sin duda, de que componen la alta Cámara, han querido que la junta suprema de beneficencia se componga también de altos personajes, y no han consentido en que el jefe político los proponga o nombre de inferiores categorías. Ha negado también al gobierno la facultad de mejorar las rentas de beneficencia vendiendo sus fincas a censo; y no quiere que haga suyos los patronatos.

